

útil para ordenar y explicar la historia del Mundo Actual, exige en mi opinión, a la altura de 2009, un replanteamiento. Aunque se ha hecho un esfuerzo notable por presentar el panorama más actual posible en procesos abiertos, como el conflicto árabe israelí –no olvidemos que los autores cerraron la obra en 2001– o incluso por incluir algunos textos que ilustren determinados aspectos del mundo de la postguerra fría, lo cierto es que pasados veinte años del cierre de un proceso que definió las relaciones internacionales y la dinámica interna de muchos países del planeta durante medio siglo, hay ya suficientes elementos como para dotar a este tiempo de personalidad propia en un proyecto docente de Historia del Mundo Actual y no incluirlo en el mismo apartado dedicado a la bipolaridad y la Guerra Fría, menos aún cobijándolo bajo el epígrafe «El mundo bipolar», que se hace extensivo –quizá para dotar de coherencia cronológica a los epígrafes– hasta 2001.

Pero aún es más; procesos tan importantes y definitorios del Mundo Actual como la conversión de China en una gran potencia económica mundial, e incluso política, quedan desdibujados en un proyecto docente como éste. China, en mi opinión, nunca ha terminado de encajar bien en un programa que reproduce en cierto modo la lógica de bloques –como es un Estado comunista tiene que estar en el bloque comunista, y a ello a pesar de sus rupturas con la URSS, de su cultivado aislamiento hasta los años 70, o de la adopción de la filosofía *Un país, dos sistemas*–. La ruptura del aislamiento chino, que propició el propio Estados Unidos ya en tiempos de la administración Nixon, que consagró la apertura al exterior de Deng Xiaoping, y que ha dado recientemente un paso definitivo al poner China un pie en Sudán y reclamar su espacio en ese trágico reparto internacional del maná de recursos naturales que es África, exige reflexionar sobre el lugar que debe ocupar en los proyectos docentes la conversión de este inmenso país en una gran potencia mundial capaz, auguran los analistas, de hacer sombra en un futuro no leja-

no a Estados Unidos. Y algo similar cabría decir de otros procesos, abiertos como la construcción europea o cerrados como la descolonización, que también encajan mal en un proyecto que hace de uno de los grandes procesos de la historia más reciente del mundo, la Guerra Fría, el eje ordenador de todos los demás.

No quiero cerrar esta reseña sin resaltar la dificultad de realizar una obra así para esta asignatura concreta, Mundo Actual. Y ello por dos razones; porque opera sobre una etapa de la historia caracterizada entre otras cosas por una inédita aceleración del tiempo y una explosión de información sin precedentes, pero especialmente porque se trata de una asignatura abierta que obliga a reenfocar los análisis conforme se van cerrando procesos, abriendo archivos o perfilándose dinámicas. Ahí reside precisamente su grandeza, lo que la hace especialmente estimulante desde el punto de vista académico.

Materiales para la historia del Mundo Actual cubre no sólo un vacío historiográfico, lo que no es poco, sino que, en la medida en que ofrece una lectura de las claves de la reciente historia universal, contiene interesantes elementos para la reflexión teórica. Pero ante todo es una obra de singular utilidad práctica que rompe por arriba los patrones de calidad de las obras instrumentales.

Coro Rubio Pobes.

CLAIRE MOON

Narrating Political Reconciliation. South Africa's Truth and Reconciliation Commission

Lanham, Lexington Books, 2008, 179 pp.
ISBN: 978-0-7391-2127-6

Ahora que durante la primera década del siglo XXI varios países están revisando su pasado, entre ellos España, dentro de esa tendencia periódica a repasar y explorar la cadena de eventos que ha originado el cambio de un «estado de cosas» anómalo (una dictadura o una guerra) a un «estado cosas» normalizado (un orden de-

mocrático), resulta interesante ampliar nuestra perspectiva analizando con detalle el indiscutible *locus classicus* de los procesos de reconciliación política de ámbito nacional que constituyó la *Truth and Reconciliation Commission* (TRC), creada en Sudáfrica en 1996 con la intención de revisar y narrar el pasado violento de ese país entre 1960 y 1994, dentro del contexto histórico de los tres siglos de vida de esa nación.

Una de las grandes tareas especulativas del Análisis del Discurso es la construcción de un aparato teórico que permita describir, explicar e interpretar las formas cómo los discursos dominantes influyen indirectamente en los conocimientos, en las actitudes o en las ideologías. El libro de la profesora de la *London School of Economics and Political Science*, Clarie Moon, encaja en esta línea de investigación, en concreto en el análisis del discurso de la narración de un complejo proceso de reconciliación política producido a partir de los trabajos tutelados por la TRC.

Todos los estudios de las dos últimas décadas han confluído en una visión de las políticas de reconciliación como el resultado de un compromiso, bien entre los viejos y los nuevos regímenes, bien entre los grupos en conflicto, para resolver los procesos de tensión que se producen a partir de la inicial incompatibilidad entre la «demanda moral de justicia» y la «demanda política de paz» (vid. Priscilla Hayner en su investigación de más de veinte Comisiones de la Verdad en diferentes partes del mundo, recogida en su libro *Unspeakable truths*, 2001). Como en propuestas parecidas promovidas desde instituciones especializadas en derechos humanos o en justicia transicional, la resolución de estos procesos de tensión, opina Moon, requiere alguna forma de amnistía que facilite la transición a partir de un conflicto violento (una dictadura o una guerra).

Las negociaciones políticas alentadas por el *National Party*, y aceptadas por el *African Congress National*, se centraron en que no hubiese respuestas punitivas a los crímenes del antiguo régimen, estimulando, en cambio, un proceso

de paz de construcción nacional *post-apartheid*, centrado en el discurso de los derechos humanos. En realidad, en Sudáfrica, desde mediados de los años 80 del siglo pasado, el discurso teológico-político sobre la importancia de la reconciliación —discurso alentado, entre otros, por la figura del arzobispo y luego presidente de la TRC, Desmond Tutu— se había plasmado en varios documentos producidos desde ámbitos eclesiásticos.

Entre ellos, hubo algunos documentos críticos, como el *Kairos Document* (1985), promovido por medio centenar de pastores negros de Johannesburgo opuestos a las tendencias reconciliatorias de la iglesia oficial. Este *Kairos Document* clasificó una serie de situaciones del pasado con los calificativos de «buenas» o «malas». A diferencia de los documentos luego hegemónicos, en éste se optó por una distinción entre «reconciliación verdadera», o retributiva, y «reconciliación falsa», o la que obligaba a la renuncia de justicia por parte de las víctimas, en detrimento de la búsqueda de paz. Esta perspectiva narrativa crítica de estos teólogos negros fue silenciada por la tendencia homogeneizadora de la TRC, quien, sin embargo, usó ciertos mecanismos discursivos para «africanizar» el proceso de reconciliación. Para ello, se recurrió al término *Xhosa ubuntu* (como posteriormente se invocó en Uganda el término *mataput*), una denominación que aludía al espíritu de «comprensión y reparación», no de «venganza y represalias», para aludir a la idea de la centralidad de la comunidad y de la cohesión social, rechazando la idea de la retribución como una violación de esos principios.

El libro de Moon bucea en esta narración lineal y causal que la TRC sudafricana compuso de las relaciones entre atrocidades del pasado, relato de la verdad y reconciliación futura. Su tesis reside en que la reconciliación es construida dentro de un contexto determinado como «una práctica política al servicio del poder de las nuevas élites, cuyo propósito principal es consolidar la legitimidad política recién construida». Moon incide en un aspecto fundamental

para cubrir la penuria teórica de muchos otros trabajos que han abordado las relaciones entre poder y reconciliación, o entre gobierno y construcción de nuevos ciudadanos, organismos y discursos políticos. Ese aspecto no es otro que la idea de que la reconciliación es una historia o una narrativa sobre la transición que legitima en algunos contextos determinadas decisiones políticas, como la amnistía, y que proscribía otras, como el castigo, convirtiendo a víctimas y verdugos en elementos centrales de ese relato.

El relato generado desde la TRC trató de unificar varias de las perspectivas divergentes que existían sobre el pasado, colocando a la nación como materia central de un proceso compuesto de varias fases, de consecuencias encadenadas: relato de la verdad, confesión, remordimiento, perdón, curación y reconciliación. Este orden narrativo fue contemplado como una necesidad de coherencia y homogeneidad, como una forma discursiva ideológica orientada a un cierre o final que habría de producir individuos autodisciplinados, es decir, individuos que asumían argumentos y actos dentro de los cuales ellos se contemplaban a sí mismos como actores dentro de un escenario de «grandes hechos». Pero, como señala Moon, esta aproximación narrativa a la verdad por parte de la TRC se mantuvo siempre en tensión con otras perspectivas narrativas sobre el pasado, varias de las cuales no coincidían con esa narrativa global sobre la reconciliación promovida desde las instituciones.

Apoyada en la incorporación que la TRC hizo en el desarrollo de su investigación de conceptos procedentes de los trabajos sobre verdad, poder, estado y subjetividad de Foucault y Althusser, Moon desgrana cómo se produce la construcción de una verdad enfocada a la reconciliación, a partir de la «interiorización» de la existencia de víctimas, asesinos y violaciones de derechos humanos. Con todo, esta apuesta que hizo la TRC se situó en un contexto histórico favorable a la reconciliación, permitiendo, además, su exportación al ámbito internacional.

En realidad, la TRC supuso un acto narrativo

específico de la historia política de Sudáfrica que buscó cerrar definitivamente su violento pasado e inaugurar un nuevo inicio político *post-apartheid*. Esa reconciliación tuvo una representación narrativa particular, estructurada por la unidad dinámica interna de la propia narrativa, de modo que un examen detallado de las «tecnologías discursivas» empleadas nos hace contemplar el propio proceso político como inevitable. Este discurso de la reconciliación se construyó a través de declaraciones, prácticas y rituales, tanto verbales como no verbales. Y se hizo de modo muy productivo, por ejemplo a través de mecanismos como «encontrar-la-verdad», o a través de rituales claves como la «confesión pública», cuyos efectos se percibieron en la configuración de los nuevos agentes políticos sudafricanos.

Para ello, el TRC empleó la consideración de amnistía como tecnología central a través de la cual se inoculasen el arrepentimiento y el remordimiento en aquellos responsables que confesaban, con la intención de situar la verdad de sus crímenes como el objeto de sus declaraciones. Además, se estimuló a las víctimas para que perdonasen a los verdugos que habían confesado, para que los absolvieran, de modo que se garantizase una construcción futura de la comunidad a partir de la catarsis y el alivio que supone dejar que el pasado «descanse».

El TRC reinterpretó la violencia del *apartheid*, su significado y contexto a través del marco de las violaciones de los derechos humanos, de modo que llegó a establecer que el *apartheid* fue un «crimen contra la humanidad». El informe público que finalmente ofreció la TRC en 2003 se convirtió en un libro de confesiones de consecuencias catárticas y morales para el nuevo orden político, en un estímulo para el desarrollo de otros proyectos de recuperación y verdad en otros países y en la configuración de un nuevo derecho a la verdad en forma de reglas morales y legales en el marco de las Naciones Unidas.

Ángel Rodríguez Gallardo